

—Gracias, general; grande va á ser mi alegría al volver á ver á mi madre y hermana.

Hemos presenciado lo que pasó en Aviñon; hemos visto con qué profundo desprecio del peligro, con cuán amargo disgusto de la vida habia provocado y sostenido un terrible duelo. Sabemos la razon que dió á sir John, para explicarle la indiferencia con que miraba la muerte. Era una razon ó un pretexto, una verdad ó una suposicion? con ella debió contentarse sir John; evidentemente Roland no se hallaba dispuesto á dar otra.

A ambos les hemos dejado dormidos, ó aparentando estarlo, dentro de la silla de posta, adelantando rápidamente por la carretera de Aviñon á Orange.

SEGUNDA PARTE.

I.

Morgan.

Habrán de permitirnos nuestros lectores que, abandonando por un momento á Roland y sir John, quienes, atendida la disposicion física y moral en que les hemos dejado, no deben inspirarles el menor cuidado; nos ocupemos detenidamente de un personaje que, á pesar de no haber hecho mas que aparecer fugazmente en esta historia, le está en ella reservado un gran papel.

Nos referimos al hombre que, con máscara y armado, se presentó en la sala de la posada de Aviñon para devolver á Juan Picot los doscientos luisés de que se habia apoderado por equivocacion al recoger los fondos pertenecientes al gobierno, que iban en la diligencia.

Hemos visto que el audaz bandido, que se habia dado á

sí mismo el nombre de Morgan, entró en Aviñon con máscara, á caballo y en medio del dia.

Para subir á la posada del *Palacio-Igualdad* dejó á la puerta su caballo, al cual, como si en la ciudad pontificia y realista contase tambien con las simpatías que sin duda alguna excitaba su dueño, encontró en el mismo sitio al bajar, y poniéndose de un salto sobre la silla, salió por la puerta de Oulle, despues de dar la vuelta á toda la muralla, y desapareció tomando el camino de Lyon.

A un cuarto de legua de Aviñon, echóse sobre los hombros la capa para ocultar las armas á la vista de los traseuntes, quitándose la máscara y guardándola en uno de sus bolsillos.

Si los que habia dejado en Aviñon, fuertemente impresionados por la idea formada á la vista del feroz Morgan, terror del Mediodía, se hubiesen encontrado con él en la carretera de Aviñon á Bedarrides, habrian seguramente cambiado de parecer al observar por sus propios ojos que el aspecto del bandido estaba muy distante de corresponder á la pintura que en el ánimo de cada uno habia impreso su imaginacion exaltada por el sobresalto.

No vacilamos en asegurar que las facciones de nuestro pacífico viajero habrian estado tan poco en armonía con el retrato delineado allá en lo interior por desfavorables prevenciones, que la sorpresa no podia dejar de ser extremadamente completa.

En efecto, al caer la máscara, arrancada por una mano sumamente blanca y fina, dejó ver el semblante de un jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años apenas, que por la regularidad de los detalles y la dulce expresion del conjunto, podia sostener la mas empeñada competencia con el de una mujer.

Una sola circunstancia comunicaba á aquella apacible fisonomía, ó mejor, debia comunicarle en ciertos momentos una especie de viveza y animacion extrañas: bajo el cabello rubio, pegado á la frente y las sienas, como era costumbre llevarlo en aquella época, veíanse unos ojos, cejas y pestañas negros como el ébano.

Por lo demás, su semblante podia, segun hemos dicho, equivocarse fácilmente con el de una delicada señorita.

Descrita queda la forma de su peinado, á que, no sin razon tal vez, se daba comunmente el nombre de *orejas de perro*; era su nariz recta y perfectamente proporcionada; vagaba de continuo en sus rosados labios la mas franca sonrisa, como para hacer admirar una doble hilera de dientes artísticamente trabajados y esmaltados; sombreaba en fin su barba graciosa y delicada un ligero tinte azulado, que si por una parte argüía poco esmero, atendida la facilidad de hacerlo desaparecer, protestaba por otra contra el color dorado de la cabellera, siguiendo el de las cejas, ojos y pestañas.

Por lo que toca á su estatura, habíase ya podido observar á su entrada en la sala de la posada, que era alta, pro-

porcionada y esbelta, denotando, sino una gran fuerza muscular, á lo menos una extraordinaria soltura.

Al verle montado descubriase al momento la destreza y seguridad de un consumado jinete.

Envuelto en su capa, metida la máscara en el bolsillo y calado el sombrero hasta los ojos, volvió á tomar nuestro viajero la marcha precipitada que habia por un instante detenido, atravesó al galope Bedarrides, y al llegar á las primeras casas de Orange entró por una gran puerta que se cerró inmediatamente tras él.

Estaba aguardándole un criado que tomó la brida del caballo mientras se apeaba rápidamente.

— Está tu amo? preguntó al criado.—No, señor baron, contestó este; se ha visto precisado á marchar esta noche, dejándome encargado que si venia el señor baron y preguntaba por él, le dijese que habia salido por asuntos de la compañía.—Bien, Bautista, ahí le devuelvo el caballo sin novedad, aunque algo fatigado; lávalo con vino, y durante dos ó tres dias dale cebada en vez de heno: desde ayer, mañana habrá andado cosa de cuarenta leguas.—El señor baron ha quedado contento de él?—Contentísimo; está pronto el coche?—Sí, señor baron, no hay mas que sacarlo de la cochera; el postillon ha ido á echar un trago con Julian: el señor baron habia encargado que se le tuviese distraido fuera de casa á fin de que no le viese llegar.—Cree que es tu amo á quien va á conducir?—Sí, señor baron; con el pasaporte de mi amo

se han pedido los caballos de posta, y como él viaja para Burdeos con el pasaporte del señor baron, y el señor baron se dirige á Génova con el pasaporte de mi amo, es probable que la madeja esté bastante enredada para que mi señora doña policia no llegue á desenredarla por muy lista que ande.—Desata la maleta que está en la grupa del caballo, Bautista, y dámela.

Cumplió Bautista la orden; pero al ir á cojer la maleta se le escapó de las manos.

— Ah! dijo riendo, el señor baron no me habia advertido! Diabolo! el señor baron no ha perdido el tiempo á lo que parece.—Te equivocas, Bautista: sino todo, bastante he perdido, y por esto quiero marchar lo mas pronto posible.—El señor baron almorzará?—Tomaré un bocado, pero muy de prisa.—El señor baron tiene tiempo sobrado; son las dos y el almuerzo está preparado desde las diez; afortunadamente puede comerse frio.

Preparóse Bautista para hacer, en ausencia de su amo, los honores de la casa al recién llegado, acompañándole al comedor.

— No hay necesidad, dijo este, sé muy bien el camino: procura que el coche esté pronto, con la portezuela bien abierta cuando saldré á fin de que el postillon no me vea. Toma, págale la primera posta.

Y al decir esto, entregó á Bautista algunas monedas.

— Ah! señor baron, dijo este, aquí hay dinero para pa-

gar el viaje hasta Lyon!—No, págalo únicamente hasta Valence, diciendo que quiero dormir; lo que sobra es para recompensarte el trabajo de sacar las cuentas.—Quereis que meta la maleta en el cofre?—No, la pondré yo mismo.

Y tomándola de las manos del criado, encaminóse al comedor, mientras Bautista, en el cuarto inmediato, iba sacando sus cuentas.

Como habia dicho el viajero, conocia perfectamente el camino, pues entró en un corredor, abrió sin vacilar la primera puerta, luego otra, encontrándose por fin frente una mesa elegantemente servida.

Cubríanla un pollo, dos perdices, un jamon, quesos de diferentes especies, una fuente con exquisitas frutas y dos botellas llenas de vino, de color de rubí la una y de topacio la otra, formando el todo un almuerzo que, aunque preparado evidentemente para una sola persona, pues no se veia mas que un cubierto, podia en caso de necesidad bastar para tres ó cuatro convidados.

El primer cuidado del jóven al entrar en el comedor fué dirigirse á un espejo, quitarse el sombrero, arreglar sus cabellos con un peñecito que sacó del bolsillo, y pasando despues á una aljofaina de porcelana con su correspondiente fuente, en la que se veia colgada una finísima toalla, se lavó las manos y la cara.

Concluidos estos preliminares, que distinguen siempre al hombre elegante por costumbre, sentóse el jóven á la mesa.

Pocos minutos bastaron para satisfacer su apetito, que la fatiga y la juventud habian sin embargo sobremuera desperdado, y cuando entró Bautista para anunciarle que el coche estaba pronto, vióle en pié antes de concluir el aviso.

Volvió el viajero á calarse el sombrero hasta los ojos, envolvióse en su capa, tomó la maleta bajo el brazo, y como Bautista habia tenido la precaucion de arrimar todo lo posible el carruaje á la puerta, entró en él sin ser visto del postillon.

Cerró la portezuela Bautista, y dirigiéndose al de las gruesas botas, le dijo:

—Todo está pagado hasta Valenze, posta y agujetas, no es verdad?—Todo, quereis recibo? contestó el postillon con sorna.—No, pero el señor marqués de Ribier, mi amo, desea dormir y no ser molestado hasta Valenze.—Está bien, repuso en el mismo tono el postillon; para nada se molestará el ciudadano marqués. Vamos: Haup!

Y sin mas preámbulos arreó los caballos haciendo chasquear el látigo con aquella ruidosa elocuencia que dice á los vecinos y transeuntes:

—A un lado, sino peor para vosotros; conduzco á un hombre que paga bien, y tiene por consiguiente el derecho de atropellar á todo el mundo.

Una vez en el coche el supuesto marqués de Ribier, abrió los cristales, corrió las cortinas, compuso el asiento, colocó la maleta en el cofre, y sentándose encima, envuelto en su

capa, y seguro de no ser despertado hasta Valenze, durmióse como había almorzado, es decir, con todo el apetito de la juventud.

Hízose el viaje de Orange á Valenze en ocho horas; un poco antes de entrar en la ciudad, despertó nuestro viajero.

Mirando con precaucion por la ventanilla, conoció que atravesaban la aldehuela de la Paillasse; era negra noche, hizo sonar su reloj y contó las once.

Consideró inútil volverse á dormir; sacó la cuenta y preparó el dinero para pagar la posta hasta Lyon.

Al tiempo de mudar los caballos, oyó que el postillon de Valenze, conversando con su camarada que iba á reemplazarle, le decia:

— Parece ser de mala raza, sin embargo paga por agujetas á razon de veinte sueldos; es menester tratarle como un patriota.— Bueno, contestó el que entraba de servicio, lo tendré presente.

Creyó el viajero que aquel era el momento oportuno para intervenir en la conversacion, por lo que apartando la cortina:

— Y no harás mas que lo que debes, dijo: un patriota, par diez! me precio de serlo, y de grueso calibre; sino ahí tienes la prueba, toma, para beber á la salud de la república!

Y alargó al mismo tiempo un asignado de cien francos al postillon que le habia recomendado á su compañero.

Observando que miraba el otro con avidez el papel:

— Ahí va para tí, añadió, igual propina, con tal de que trasmitas al otro postillon la recomendacion que acabas de recibir.— Oh! perded cuidado, ciudadano, en un santiamen estamos en Lyon; los mios cuando no corren vuelan.— Tengo adelantado el pago de diez y seis postas, inclusa la doble de entrada; doy veinte sueldos de agujetas, arregláoslo entre vosotros.

Saltó el postillon sobre su caballo y salió á todo escape.

A las cuatro de la tarde entraba el coche en Lyon.

Mientras cambiaban el tiro, un hombre que, en traje de mozo de cordel aguardaba sentado en un guarda canton, levantóse, y acercándose al carruaje dijo en voz baja al compañero de Jehú algunas palabras, que parecieron causarle la mayor sorpresa.

— Estás bien seguro? preguntó el viajero.— Te digo que yo mismo le he visto, con mis propios ojos! contestó el mozo de cordel.— Puedo, pues, asegurarlo á nuestros amigos?— Sin ningun escrúpulo, date prisa.— Se han tomado las disposiciones necesarias en Servas?— Sí, encontrarás un caballo preparado entre Servas y Sué.

Viendo que se acercaba el postillon, cambió el jóven una mirada de inteligencia con el misterioso faquin, que se alejó á toda prisa como si se le hubiese encargado algun recado muy urgente.

— Hacia dónde, ciudadano? preguntó el postillon.— Há-

cia Bourg; es preciso que á las nueve esté en Servas; doy treinta sueldos de agujetas.—Catorce leguas en cinco horas! es mucho andar, pero no es imposible.—Se harán?—Lo probaremos.

Salió el carruaje disparado como una saeta.

Al dar las nueve entraba en Servas.

—Un escudo de seis libras si seguimos sin detenernos hasta la mitad del camino de Sué, gritó el jóven por la portezuela.—Corriente, contestó el postillon, y pasó sin detenerse por delante de la casa de postas.

A medio cuarto de legua de Servas, despues de haber mandado parar el coche, sacó Morgan la cabeza por la portezuela, y arrimando las manos á la boca remedó por dos ó tres veces el canto del mochuelo.

Fué tan perfecta la imitacion que una de dichas aves le contestó desde los bosques vecinos.

—Aquí, gritó Morgan.

El postillon echó pié á tierra.

—Si es aquí, dijo, es inútil ir mas léjos.

Cogió el jóven la maleta, abrió la portezuela, bajó del coche y acercándose al postillon,

—Ahí están, dijo, las seis libras prometidas.

Tomando el postillon el escudo, aplicóle sobre uno de sus ojos, con un movimiento igual al que se observa en los elegantes de nuestros dias al querer servirse del lente.

Adivinó Morgan el fin á que se dirigia aquella pantomima.

—Qué significa esto? preguntó no obstante.—Significa que me he lucido, pues no veo mas que por un ojo.—Comprendo, repuso el jóven riendo; y si tapo yo el otro?—Mejor! entonces quedarán iguales.—Hé aquí un loco, que mas quiere ser ciego que tuerto! pero en fin, sobre gustos no hay disputa; toma!

Y le dió un segundo escudo.

Aclarada, con tan eficaz remedio, la vista del postillon, hizo dar la vuelta al coche, tomando de nuevo el camino de Servas.

Aguardó el compañero de Jehú que se hubiese perdido en la oscuridad, y acercando entonces á sus labios una llave hueca, salió de ella un sonido agudo y prolongado como el de un silbato de contramaestre.

Contestóle un sonido igual.

Vióse al mismo tiempo salir del bosque un jinete que se adelantaba al galope.

A su vista púsose de nuevo Morgan la máscara.

Al llegar á él el desconocido, le dijo:

—En nombre de quién venís?—En nombre del profeta Eliseo, contestó el jóven.—Entonces á vos aguardaba.

Apeóse en seguida, entregando el caballo á Morgan.

—Eres profeta ó discípulo? preguntóle este.—Soy discípulo, contestó el recién llegado.—Dónde está tu maestro?—Le encontrareis en la Cartuja de Seillon.—Sabes el número de los compañeros reunidos esta noche?—

Diez.— Bueno; si encuentras algun otro enviale á la cita.

El que se habia atribuido el carácter de discípulo, inclinóse en señal de obediencia, ayudó á Morgan á poner la malleta sobre la grupa del caballo, teniéndole respetuosamente por la brida mientras montaba.

Sin aguardar á que el segundo pié alcanzase el estribo, desasióse el caballo de las manos del criado, saliendo al galope.

A la derecha del camino extendíase el bosque de Seillon como un mar de tinieblas, cuyas negras sombras ondulaban y gemian azotadas por el viento de la noche.

A un cuarto de legua mas allá de Sué, dirigió el jóven su caballo fuera de camino adelantando hácia el bosque, que parecia por su lado adelantar tambien hácia el jinete.

El caballo, guiado por una mano experimentada, lanzóse por entre breñas y matorrales sin vacilar.

Diez minutos despues apareció á la otra parte del bosque.

Elevábase á cien pasos una masa sombría y aislada en medio de la llanura.

Era un edificio de arquitectura majestuosa, rodeado de algunos árboles seculares.

Detúvose el jóven enfrente de una gran puerta, sobre la cual habia tres estátuas colocadas en forma de triángulo:

La de la Virgen, la de Nuestro Señor Jesucristo y la de San Juan Bautista.

La estátua de la Virgen ocupaba el punto mas elevado del triángulo.

El viajero misterioso habia llegado al término de su viaje, es decir, á la Cartuja de Seillon.

II.

La Cartuja de Seillon.

La Cartuja de Seillon, vigésima segunda de la órden, habia sido fundada en 1178.

En 1672 un edificio moderno vino á sustituir el antiguo monasterio; viéndose aun en nuestros dias los vestigios de la última construccion.

Estos vestigio son, en la parte exterior, la fachada de que hemos hablado, con sus tres estátuas, á cuya puerta háse poco antes detenido nuestro misterioso viajero.

Habitaban á la sazón dicho edificio un hombre, su mujer y dos niños, para quienes se habia convertido en granja el primitivo monasterio.

En 1791 fueron expulsados los Cartujos de su convento; en 1792 la Cartuja y sus dependencias fueron puestas en venta, como propiedad eclesiástica.

Las dependencias de la Cartuja consistian antes en un